
UNIVERSALISMO CULTURAL Y GLOBALIZACION TÉCNICA

Raúl Garcés Noblecía
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

“Lo universal es lo que se da en cada uno en sí y en cuanto tal”.

Aristóteles, Segundos analíticos 1,4.

Asistimos a una reconfiguración estratégica, teórica, filosófica y geopolítica de las relaciones existentes entre las pretensiones universales de la filosofía práctica y la globalización de la tecnología, entre las presunciones de uniformidad de los ideólogos de la tecnología y las distintas formas de racionalidad social; es decir, la relación entre el universalismo abstracto y la pluralidad de formas de la racionalidad cultural. Estas nos exigen repensar un conjunto de interrogantes práctico filosóficas ineludibles: ¿Puede la filosofía renunciar a preguntarse por las ideas generales y universales? ¿Tiene la obligación de volver a pensar con un impulso renovado el sentido y el valor de la universalidad y la racionalidad, de la cultura y la tecnología? ¿Aún podemos recuperar el significado del universalismo según la larga tradición filosófica que nos precede? ¿Qué fenómenos y consecuencias resultan de una presunta globalización de la racionalidad tecnológica? ¿Necesitamos de un universalismo renovado y plural? ¿De un universalismo capaz de incorporar la pluralidad espiritual de las culturas?

a) Pretensiones universales de la filosofía

“Lo particular tiene su lugar propio en la historia; es un ser finito y como tal debe perecer. Es lo particular lo que se utiliza en la lucha y resulta en parte destruido; y de esa

lucha y esa desaparición de lo particular surge lo universal, lo que no debe perturbarlos. La idea de lo universal no se ofrece al conflicto, la lucha y el peligro; se mantiene apartada de todo ataque y daño y envía el combate a la pasión para que en él se consuma. Podríamos calificar como astucia de la razón a ese dejar obrar por ella a las pasiones, ya que sólo la apariencia fenoménica es en parte nula y en parte positiva. Lo particular es demasiado pequeño frente a lo universal; y los individuos son, en consecuencia, sacrificados y abandonados. La Idea paga tributo a la existencia y a la caducidad no por sí misma, sino por medio de las pasiones individuales”.

Hegel, Filosofía de la historia universal.

La filosofía decimonónica y del siglo que nos precede se caracterizó por su crítica del universalismo. Diversos pensadores se encargaron de formular la denuncia de los rasgos metafísicos y abstractos de la filosofía desde sus orígenes parmenídeos y platónicos, la teología cristiana y el idealismo hegeliano. Para los maestros de la sospecha, sus predecesores y discípulos, Feuerbach y Marx, Kierkegaard y Nietzsche, Foucault y Deleuze, el universalismo alcanzaba en las ideas de Hegel una manera de pensar peligrosa y abstracta, carente de un auténtico valor emancipatorio; esto es, la concepción universalista hegeliana representaba la expresión más alta de la alienación de la filosofía y la inversión de las fuerzas constitutivas de la vida. Somos herederos de esta actitud crítica que desconfía de las distintas versiones del universalismo formuladas por el pensamiento idealista y colonialista, abstracto y dominante, cuyas pretensiones son las de alcanzar una idea plena y total del ser, de la acción moral y la existencia humana; en suma, del pensamiento único y verdadero.

No es extraño que determinadas orientaciones críticas consideren que hacer filosofía significa rastrear, criticar y deconstruir las pretensiones universalistas del pensamiento griego, medieval e idealista alemán, que bajo diversas formas sucedáneas de universalismo totalizante renuevan sus intentos por determinar formal y materialmente una concepción racional de lo que es y lo que debe existir. En nuestros días, fieles a esta tradición crítica no es extraño que se

continúe con la sospecha y la denuncia, la interpretación y desvalorización de las distintas modalidades que asume el universalismo ideológico, bajo sus versiones totalitarias e instrumentales, positivistas y tecnológicas que pretenden ofrecer una concepción irrefutable y última de la cultura y la vida humana, válida para todas las comunidades, los tiempos y los hombres, independientemente de sus circunstancias, de su condición cultural y su historia. Es a esta concepción imperial de lo universal a la que se acogen reiteradamente los ideólogos del colonialismo etnocéntrico y los tecnócratas de la sociedad de la información que buscan legitimar la superioridad racional de unas culturas sobre otras, de la racionalidad tecnológica sobre las diversas formas de interacción social y cultural: de la supremacía de las civilizaciones industrializadas sobre las comunidades presuntamente disminuidas racional, científica, política y culturalmente.

Sin embargo, aún cuando desde la perspectiva crítica de la modernidad podemos emplear la idea de universalismo para referirnos a esta concepción homogénea que reduce las diversas culturas a un mismo criterio y estilo de vida civilizatorio, así como para denunciar al eurocentrismo como forma colonial e ideológica dominante, nos enfrentamos ante el riesgo de banalizar y desvirtuar el concepto de universalidad y desconocerla como una idea propia y legítimamente filosófica.

Necesitamos recuperar aquella tradición filosófica para la cual la noción de universalidad no puede ser reducida a una mera voluntad de control racional e instinto abstracto de dominación de lo singular, sino que la idea de lo universal es la que hace posible la reflexión sobre lo general y su sentido, por la que podemos interrogar al propio pensamiento y preguntar por lo legítimo, justo y razonable. El concepto mismo de universal, o *universum*, remite a la idea de una comprensión de lo múltiple que no se opone a lo singular ni a lo inédito, a la apertura del sentido y la afirmación de las diferencias.

Consideramos que una recuperación hermenéutica de los maestros de la universalidad, esto es, del pensamiento clásico griego y de la filosofía idealista alemana, nos mostraría que lo universal remite también a una comprensión de lo plural, incorporación de lo singular y apertura a lo diverso. Por ello, la idea de universalidad tiende a mostrarse siempre en oposición a lo particular fáctico y lo individual concreto, esto es, como superación ideal de la realidad par-

ticular y empírica. De tal manera, hay que reconsiderar que no existe una oposición entre lo universal y lo singular, entre la universalidad y la pluralidad, sino más bien entre el sentido universal de las ideas y la individualidad física concreta, entre lo universal del preguntar filosófico y la conservación de lo particular empírico. Siguiendo este argumento sostenemos que existe la posibilidad efectiva de pensar y reconocer, reflexionar y reformular la idea de universalidad en tanto reconocimiento de lo diverso y lo desemejante; es decir, repensar lo universal como apertura y libertad, en tanto reincorporación de lo auténticamente ideal del pensamiento: la singularidad y la diferencia, la creatividad y lo inédito, la pluralidad y la intersubjetividad dialógica, la diversidad cultural como modalidades del universal intercambio simbólico y humano.

b) ¿Globalización tecnológica?

“En nuestra civilización, incluso la existencia y el pensamiento se conforman de fuerzas tecnológicas”.

René Dubos.

¿A dónde se dirige la asfixiante e ideológica globalización tecnológica actual? ¿Es legítima la supremacía de la racionalidad tecnológica sobre otras formas de racionalidad e interacción cultural? Durante los últimos cuatro siglos, el pensamiento moderno desarrolló una forma positivista y científica del universalismo tecnológico e instrumental: conocer para dominar las fuerzas de la naturaleza y las potencias humanas. Desde entonces no resulta extraño que se asuman pretensiones de universalidad racional siempre en favor del desarrollo y la superioridad de una civilización tecnológica que imprime su impulso al progreso económico y social, infraestructural y globalizador, evidenciando que únicamente a través de una racionalidad instrumental la emancipación humana es posible gracias a los alcances ilimitados de la tecnología y sus poderes inéditos.

Entre las principales tareas que se impone la filosofía de la cultura, una consiste en realizar una crítica de esta concepción tecnológica de la cultura, la

que actualmente asume la forma del control sobre la vida, la acción social y el lenguaje, y los reduce a meros objetos de transformación tecnológica por parte de la ingeniería genética, la robótica y las tecnologías electrónico digitales, respectivamente. Existe una pseudouniversalidad de la racionalidad tecnológica que se desatiende cínicamente de los efectos sociales y culturales implicados en el uso irresponsable de la tecnología, entre las que destacan actualmente la clonación y, por tanto, la reducción de la diversidad genética de plantas y animales con fines lucrativos; el desempleo masivo y la anulación de la existencia laboral ante la automatización robótica postindustrial para alcanzar mayor rentabilidad; y la uniformidad en el procesamiento numérico, interpretación y control del lenguaje audiovisual e interactivo, a través de un orden binario y la simulación virtual. El poder de la universalización tecnológica sobre la diversidad viviente y la complejidad del espíritu olvida que la existencia humana, la práctica social y el lenguaje no pueden ser reducidos al dominio de una falsamente universal racionalidad tecnológica.

Tenemos que insistir sobre la actividad realizada por genetistas, ingenieros robóticos y programadores, a fin de asumir una responsabilidad ética y política, crítica y cultural sobre las modalidades de evaluación, los propósitos de las tecnologías, su diseño y aplicación, su eficiencia en los ámbitos ecológicos, sociales y comunicativos, ya que sus prácticas e investigaciones tienen profundas consecuencias para las culturas concretas. Los pseudocriterios implicados en el desarrollo de las tecnologías, como son la utilidad y la velocidad, la eficacia y la funcionalidad, se han convertido en pautas peligrosas e irracionales tanto para el respeto a la vida y la autonomía social como a una auténtica valoración de la existencia y una verdadera comprensión del comportamiento intercultural. Así, mientras los resultados aportados por las tecnologías no sean sometidos a una discusión intercultural, ética y democrática, no existirán decisiones razonables, socialmente eficientes ni políticamente responsables. O, de lo contrario, a ciertos ideólogos e ingenieros de la racionalidad tecnológica les parecerá suficiente, como hasta ahora, con incorporarse a las pautas ofrecidas por el mercado y a la aparente e irrefrenable lógica del progreso tecnológico postindustrial impulsado por las corporaciones transnacionales.

c) Universalismo intercultural

“El hombre no puede verse reducido a su aspecto técnico de hamo faber, ni a su aspecto racional de hamo sapiens. Hay que considerar en la humanidad la cultura, el mito y la fiesta, la danza y el canto, el éxtasis y el amor, la muerte y la desmesura”.

Edgar Morin, *El paradigma perdido*.

El debate sobre el valor del universalismo abstracto y el particularismo empírico, entre el universalismo tecnológico y el multiculturalismo relativista, puede ser superado mediante la formulación de una idea de universalismo cultural; esto es, el reconocimiento de lo universal en las diferentes experiencias espirituales y las vivencias, mediante una relación práctica y dialógica que logre comunicar y comprender la mutua relación entre las diversas culturas. Concebimos una cultura no por sus *memes* o unidades de transmisión de representaciones colectivas, ni tampoco a partir de la distinción entre una compleja totalidad de costumbres que los hombres aprenden y con la que se distancian de su herencia natural y biológica. Nosotros reconocemos una cultura donde es posible poner en contacto mundos diversos y universos abiertos, experiencias y vivencias prácticas, representaciones simbólicas y relaciones intersubjetivas que hacen posible el diálogo y la comprensión entre distintas culturas.¹

Ciertamente desde una ingenua apreciación se objetará que la noción misma de “universalismo cultural” encierra una contradicción, ya que no podemos aspirar a la idea universal de una realidad cultural particular, ni tampoco ha existido una cultura concreta que logre alcanzar permanentemente la consolidación universal de su proyecto. No obstante, la mundialización operada durante los últimos cuatro siglos nos muestra y exige una concepción universalista de la cultura que posibilite el diálogo y la comprensión, la interacción y la vida práctico social entre las más variadas y diferentes, irreductibles y diversas formaciones culturales. Incluso, la misma historia universal nos ha mostrado que las culturas se relacionan de las formas más variadas, afortunadas y lamentables, unas veces chocando y otras complementándose, las más de las ocasiones entrecruzándose y, las peores, superponiéndose a

las demás, pero por alguna misteriosa aspiración de universalidad autocrítica las culturas se van corrigiendo y aprendiendo unas de otras, alimentándose y cultivando.

El propósito de formular un nuevo universalismo cultural, capaz de incorporar e integrar las posiciones relativistas y superar críticamente al universalismo ideológico, es uno de los proyectos de una filosofía por venir que ya se encuentra entre nosotros. Mediante ella hay que intentar criticar el esquema de la racionalidad tecnológica desde una perspectiva cultural, e incluso pluriversal; esto es, que se asume como necesariamente intercultural y abiertamente universal. No se trata de cuestionar la actividad tecnológica concreta ni anular la pertinencia de la autonomía de las culturas particulares, sino de ir desmitificando el modelo racional e ideológico que reduce la diversidad cultural y la existencia humana a unas premisas pseudouniversales, instrumentales y totalitarias.

Resumiendo, cabe recordar que es posible reconocer lo universal en la diversidad del sentido, en nuestra comprensión intersubjetiva de la verdad tanto como en la legítima pluralidad de las culturas y la amplia diversidad de lo que es valioso. Siempre y cuando no olvidemos que sólo por la idea de que existe algo universal es que nuestra existencia se abre al pensamiento y a la apertura del preguntar, a la libertad y la creación, a otras prácticas espirituales y culturales; esto es, a la posibilidad de un filosofar propio y a la vez universal.

Notas

1. Mario Teodoro Ramírez, "Varios universalismos", *Devenires* (Morelia), año III, no. 5, enero 2002, p. 59.

-